

Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO I

Núm. 44

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(PAGO ADELANTADO)
En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO
D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALATRAYA, 19
SE PUBLICA
LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Anuncios y comunicados á precios convencionales

CIUDAD-REAL 29 DE NOVIEMBRE DE 1902.

DE ACTUALIDAD

IDIOMAS Y DIALECTOS

Admitido por indudable el origen directamente latino de las lenguas hispanas—excepto el éuscara,—se ha querido por algunos, muy faltos de fundamento científico, dar por corriente la existencia de una sola lengua con sustantividad propia en nuestra península, tesis completamente falsa, que la Historia y la Biología actual de las lenguas hispéricas desmienten.

En el grupo de las lenguas novolatinas ocupa primer lugar, por su filiación más clara, la lengua italiana, siguiendo á ésta la portuguesa, castellana, catalana, provenzal, francesa y rumana. Con esta sencilla enumeración encontramos siete hablas de todas conocidas y que, presentándose con vida propia, con actividad histórica más ó menos prolongada, afirman su individualidad, teniendo perfecto derecho, tanto unas como otras, á que su nombre no quede envuelto y confundido en el prestigio de la hermana por importante que ésta sea. La diferencia que separa las lenguas de los dialectos está, á no dudarlo, en que aquellas logran ser manifestación, organismo expresivo de todos los géneros literarios, en tanto que el dialecto, forma hermana quizá hasta gemela de la lengua, no adquiere aquel desarrollo, se estaciona y á la larga se atrofia porque no logra encarnar la vida nacional, no vive, mal que pese á eruditos filo-dialectales, luces perdidas, sea cual fuere su esplendor, en la noche de la inactividad. Por esta razón nosotros no podemos considerar sino como dialectos al *babie* y al *gallego* y juzgamos en la categoría de lenguas al *castellano* y al *portugués* porque estas hablas novolatinas se alzaron en más ó en menos á la categoría de lenguas sociales, merced á influencias históricas, geográficas, etc., y al esfuerzo de los hombres que de ellas se sirvieron. Consecuencia de esto es la afirmación de que en nuestra península se hablan ó existen tres lenguas (1), las tres lenguas españolas si geográficamente se mira: el castellano, el portugués y el catalán. No podemos decir lo mismo de todas las demás formas, de todas las demás hablas hispanas; el valenciano y el mallorquín no son lenguas con vida propia, pero tampoco son dialectos, son más bien formas arcaicas, más puras por tanto, del catalán, lengua ésta hermana del *lemosín*. No cabe llamarlos, por tanto, lenguas, y con la misma sinrazón se apellidarían dialectos, pues no lo son ni lo han sido jamás. Sucedo con esto lo que con el andaluz y el castellano: las diferencias de prononciación no acusan inferioridad de categoría. Problema sería saber cuál es más perfecta, más histórica; desde luego la eufonía favorece al llamado dialecto andaluz, y también viene en su favor la mayor propiedad y pureza.

Las razones históricas en pro de nuestro aserto, las encontramos en que, al ser reconquistada Andalucía por los cristianos se verificaba allí una constante inmigración castellana que llevó consigo su lengua, brusca aún y sin el pulimento con que la tornó á Castilla la musa bética. Razones de esta transformación pudieran ser las condiciones climatológicas del Mediodía, la influencia morisca, más ponderada acaso que real, en aquellos días, cierta predisposición natural en los pueblos del Sur para todo lo que sea cultura y perfección artística.

Quédannos, pues, el asturiano—*babie*—y

(1) No hacemos mención del vasconco,

el *gallego* como verdaderos dialectos castellanos que no pueden resurgir más allá de donde viven, acogidos ya al pueblo en sus relaciones más íntimas; son en la mitología de las lenguas los penatos y lares de los pueblos.

Esto no quiere decir que nada valieron, sí, son en la formación de la hermana feliz que logró vida, parte de la constitución de ésta y aun puede decirse que si aquéllas no crecieron fué en arranque de generosa fraternidad. Pero de ahí á pretender categorías que no corresponden, hay un gran paso que no debe pretender salvar insidiosa tendencia que nada legítima.

Esto nos lleva de la mano á una cuestión que trataremos de resolver, porque se liga á nuestro asunto aunque incidentalmente. ¿Qué razones hay para que el nombre de lengua española haya sido dado por antonomasia á la lengua de Castilla? En líneas anteriores queda apuntado. La hegemonía política social de un país, trae como consecuencia la supremacía literaria, pues no llegan los puntos de la pluma de los sabios donde no alcanza la punta de la espada de los guerreros. Castilla conservó por largo tiempo esa supremacía entre todos los estados españoles de la Edad Media, y ahí está la razón de que siendo su nombre el que entre todos sobresalía, á ella se refirió el nombre de España. Con ella, con Castilla, comparte esa hegemonía Aragón, que por su potente virtualidad llega á absorber á su unida Cataluña hasta el punto de que los reyes de Aragón, Condes de Barcelona, firman, aún en documentos catalanes, con el título de *Lo Re d' Aragón*. Mejor dicho, documentos catalanes no existieron en la vida cancelleresca, pues hasta Felipe V, la lengua oficial de estos negocios fué la latina.

Por tanto, la lengua catalana se encontró, no obstante su brillante vida literaria, falta de poderoso elemento de expansión, cual era el no ser lengua diplomática, y á poco, efecto de que todos los cuerpos caen del lado que se inclinan, el habla castellana, ó mejor dicho, leonesa-castellana-aragonesa-navarra, cobra patente influjo por la robusta vida de Castilla y Aragón. Y este es fenómeno que se repite en todas las naciones; el habla de *Vie de France* se levanta sobre todas sus hermanas y consigue, por la preponderancia del reino de París, dar nombre á toda una poderosa nación que en cambio legó á aquel habla su inmortalidad.

En una palabra, que hoy no debemos llamar lengua española sino á la Castellana, pero de ahí á negar la jerarquía que corresponde á lenguas hermanas, hay un paso que nadie debe dar siquiera esas lenguas hubieran de llamarse *muerdas*, de ningún modo cuando las ilustran autores como Aribau, Verdagué, los Aguilós, Quadrado, Rubió, Bofarull, Milá y Fontanals, Piferro, Roselló y el discutido autor del hermosísimo poema:

«Verge santa d'amor, patrona mia,
Dels pobres y affligts guarda y consol,
Més pura que la lluna quan aix lo dia,
Més hermosa que'l cel quan ix lo sol.»

JOSÉ ROGERIO SÁNCHEZ.

Triunfo de las flores.

Pues dilatados mares nos separan,
y el jardín protegió nuestros amores,
lloremos con las olas,
riamos con las flores.

Con tu recuerdo á solas
y en tanto dejas los remotos climas,

por el camino que tus pies hollaron,
tejiendo voy mis rimas.

Jardín y mar unidos
suelen vivir en ellas;
uno motivo fué de mi ventura...,
otro... de mis querellas.

No dicha ni consuelo el mar augura:
mintieron trovadores...
yo siempre escucharé desde la playa
la canción inmortal de los dolores.

Más resignado entre las flores vivo,
que allí brinda á mis males
precioso lenitivo
el pabellón de nardos y rosales.

En él, reinando fértil primavera,
decirte pude mi amorosa cuita
cuando por vez primera
tremante de pasión llegué á la cita.

¡El mar nos separó...! Si entre las rosas
dulzuras de tu risa finge el viento,
¿qué trae cada marea?
Ronca amenaza, fúnebre lamento.

Si pido al mar sonoro
halago á mis afanes,
en él sólo adivino
la soberbia proeza de los titanes.

Espero si el otoño
roba al jardín verdor y lozanía;
que palpitando está nuevo retoño
en las entrañas de la tierra fría.

Tu idilio—canta el mar—llora deshecho:
sabe que de la niña montañesa
sobre el ingrato pecho,
el olvido mandó nevada espesa.

«Ana—responden las nacientes rosas—;
del huerto á la colina,
dichas á los amantes vaticina
blanca legión de leves mariposas.

Al naufrago infeliz, dura agonía
guarda la mar bravía.
Y es dulce en rica estaciona
morir soñando amores
si el air, con purísima fragancia,
envenenaron peregrinas flores.

LUIS BARREDA.

CUENTO

TENTACION

Avanzaba el pálido trapense por el claustro, y no parecía sino que sus desnudos pies se adherían pegajosamente á las losas, según era su puso de acompañado golpe y sosogado movimiento, como si el cuerpo conllevase pesadumbre grande ó la tierra tirase del misérrimo fraile.

Era la hora de rezo de Animas. Allí, fuera del verdoso recinto de las paredes que limitaban el claustro, moría el sol entre explosiones de color, seguido por el himno de la naturaleza viva, que piaba y aleteaba en los senos oscuros del bosque, mientras en el silencioso patio sólo se oía el presuroso ir y venir

de una pareja de golondrinas que andaban en el fuste de una columna.

No sé si la celda es refugio de desesperados; pero sí puedo decirlo que el trapense lo estaba. Allí entró después de haber perdido la fé en una mujer, y tembló... tembló porque sintió vacilar en el corazón otra fé más firme, la fé en su Dios.

Luchas horribles sin testigos, sin armas, en el silencio de la celda escueta, á brazo partido con su memoria, miserable memoria humana, que evocaba ejércitos de recuerdos dormidos, metiéndose los huesudos puños en los ojos para no ver espigada imagen de aquella mujer, que flotaba luminosa en la obscuridad... ¡Profanación y pecado que sacudía su carne castigada por el ayuno con el estremecimiento voltáico de la impureza!

Aquella tarde salió huyendo de la celda, y se fué al patio rodeado de claustros para ver si diluyendo la mirada en la luz del cielo se iba de ella aquella visión que no le era dado esquivar.

Leía el misero en el breviario y de las letras se formó como una mancha negra primero, que fué clarificándose después y contorneándose en perfiles artísticos y provocadores.

Paróse el trapense y dejó caer el desmayado cuerpo sobre la piedra como si el valor para huir le faltase; cerró el libro con cierta ira, y clavando los ojos hundidos sobre aquella mundana visión, articuló valientemente:

—¿Qué quieres? ¡Vete!

¡Qué graciosas posturas y qué dejos en la voz, suaves como caricias, tenía aquella mujer! Apoyada de espaldas en las columnillas que sostenían la gótica techumbre, cogíase por detrás de la cabeza ambas manos, sacudiendo de trecho en trecho el esparcido cabello negro, como caía sobre el ajustado corpiño que una cascada de sombra.

Miraba al mezuquino fraile sonriendo y forzando la abertura de los ojos, como si con ellos quisiera despojarle de aquel asperísimo sayal y vestirle de mejores galas.

—¡No me has olvidado, tú, fraile, que luchas con un imposible! No podrás olvidarme jamás; me tienes por modo tal en el corazón, que aunque lo arrancares del pecho, aún quedaría algo de mí en ti... ¿verdad?

—¡No hay más que una verdad!

—¡Muchas! Es verdad todo lo que sientes y has sentido... Mi amor que gozabas en estos brazos era verdad... y sigue siendo.

¡Ceniza!—dijo el afligido fraile cruzando las manos sarmentosas.—No era amor aquello; era ravia de la carne y baño del desseo. La carne se arruga, se hunde, se desmorona y perece. El amor no muere nunca: está aquí y no es aquí. Ilo, no.

El trapense probó á levantarse, pero la hermosísima visión se despegó de la columna y se puso delante de la puerta que daba paso al coro. Allí abrió los brazos, que llevaba presos en anchisimas mangas. A través de la finísima trama de su ropaje se adivinaban sin verse sus formas irropechables, que